

LA PEREGRINACIÓN
Y EL CAMINO DE SANTIAGO

ACTUALIDAD CULTURAL Y RELEVANCIA ANTROPOLÓGICA

D.L.: S. 55-2011

Impreso en España

GONZALO TEJERINA ARIAS
Facultad de Teología
Universidad Pontificia de Salamanca

LA PEREGRINACIÓN
Y EL CAMINO DE SANTIAGO

ACTUALIDAD CULTURAL Y RELEVANCIA ANTROPOLÓGICA

Salamanca, 2011

Hace pocas semanas, concluía el Año Santo Jacobeo de 2010. Con unos diez millones de visitantes llegados a la ciudad de Compostela, ha sido el Año Santo de mayor afluencia en toda la historia. De ellos, unos más de 272.000 han sido peregrinos en el sentido estricto de quienes llegan a Santiago tras haber realizado al menos cien kilómetros del Camino a pie o doscientos en bicicleta o a caballo y pueden recibir y de hecho han recibido la *Compostela* como documento acreditativo de haber realizado el Camino como peregrinos. Esta cifra supone un incremento del 49,9% sobre el número de peregrinos del anterior Año Santo de 2004 y del 84,9 % sobre los del año anterior, 2009, o sea un rotundo récord histórico¹. Hay que tener en cuenta, además, que no todos los que llegan a Santiago en las condiciones mencionadas acuden a la Oficina de Peregrinaciones para obtener la acreditación eclesiástica, de tal modo que el citado número de peregrinos podría sufrir un leve incremento.

El Año Santo recién clausurado confirma así la línea de aumento incesante de peregrinos que se viene dando en los dos últimos decenios. No hace tanto tiempo, por ejemplo a finales de los años 60 del siglo pasado, la peregrinación a Compostela por las antiguas vías que forman el Camino de Santiago era poco más que el recuerdo de una práctica medieval caída en desuso casi completo desde hacía mucho tiempo. Desde los finales de los 80, sin embargo, la peregrinación por el Camino de Santiago en sus numerosas arterias iniciaba un resurgimiento llamativo hasta convertirse en un fenómeno de masas que concita la presencia de gentes de los cinco continentes por el Camino Francés y por las demás vías jacobeanas que poco a poco se

¹ Según datos exactos de la Oficina del Peregrino de la Archidiócesis de Santiago de Compostela, en el Año Santo de 2004 se contabilizaron 179.944 peregrinos bajo las condiciones citadas, y en 2009 peregrinaron a Santiago 145.854 personas.

redefinen y se dotan de todos los servicios convenientes a un abundante caudal de peregrinos.

Con este carácter llamativo, la vuelta al Camino jacobeo no es, sin embargo, un fenómeno aislado. En todo el mundo católico, por todos los medios y desde todos los lugares, una afluencia creciente de fieles y de visitantes llega cada año a tantos santuarios, mientras que en las iglesias protestantes crece la estima y la práctica del peregrinar, superando el rechazo tajante de los Reformadores que la consideraban contraria a la *sola fides* como único medio de salvación que no puede ser suplantada por “obras” humanas como la peregrinación, a través de las que el hombre busca salvarse por sus esfuerzos y sus méritos o consiguiendo indulgencias que anulen la pena por sus pecados. Vemos cómo se recuperan caminos antiguos de la peregrinación a pie a muy distintos lugares que, durante todo el año o en los tiempos oportunos, se pueblan de peregrinos, mientras de forma aún más llamativa están naciendo y se consolidan nuevas rutas, como el Camino del Sol, un remedo de la Vía jacobea, iniciado en Brasil hace pocos años. Más allá del mundo occidental, rutas de peregrinación no cristiana como el Camino de Kumano, en Japón, constituido sobre una religiosidad sincrética de budismo y sintoísmo y, como el Camino de Santiago, declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, ganan también un nuevo interés por parte de la sociedad nipona y atraen la atención de muchos occidentales, entre ellos, varios cientos de ciudadanos españoles que ya lo han recorrido.

No es, pues, excesivo afirmar que la peregrinación en todas sus modalidades y de modo especial en la forma más primitiva como viaje a pie o con medios poco mecanizados sobre caminos abiertos por una fe religiosa hacia un lugar de especial significado religioso, experimenta en nuestros días un crecimiento tan apreciable como imprevisto no mucho tiempo atrás, hasta convertirse en un fenómeno cultural y religioso de muy notables repercusiones sociales y económicas, con una abundantísima producción bibliográfica y una presencia relevante en los medios de comunicación. Por esta actualidad socio-cultural y religiosa, la peregrinación se hace merecedora de una reflexión de alguna profundidad, más si se tiene en cuenta que este nuevo auge tiene lugar en sociedades que

viven un fuerte proceso secularizador, hasta el punto de sugerir la conveniencia de revisar algunas descripciones de la misma secularización. En el espacio limitado con que contamos aquí, querría desarrollar algunas consideraciones sobre los distintos significados y valores humanos y religiosos, unos muy a la vista, otros menos inmediatos, que son propios de la práctica del peregrinar que experimenta esta reaparición intensa.

Factores humanos y religiosos, porque es evidente que la práctica actual de la peregrinación no obedece sin más a una motivación religiosa. Esta es innegable, o como factor principal, o mezclada con otras de carácter puramente humano como el deseo de realizar una caminata como ejercicio físico en contacto con el medio natural, el gusto de recorrer una ruta histórico-artística de extraordinario valor, la búsqueda de una experiencia distinta de convivencia entre amigos, o incluso el anhelo de llevar a cabo por unos días un alejamiento de la vida ordinaria para un encuentro especial con uno mismo a lo largo del Camino. También son muchas, sin embargo, las veces que estos u otros motivos humanos son el único móvil, y no deja de darse el caso de quien emprende la peregrinación a pesar de su originaria índole religiosa y queriendo pocos contactos con lo concerniente a la fe que tiene, lógicamente, una presencia notable en un viaje por caminos abiertos por la experiencia religiosa. Justamente esta complejidad actual de la peregrinación en sus motivaciones y modos concretos de vivirla anima a preguntarse por lo que es y puede ser esta experiencia.

LA PEREGRINACIÓN COMO ACTO RELIGIOSO

Por razón del origen y primera identidad religiosa de la peregrinación, se hace necesario iniciar estas consideraciones justamente por su condición de elemento perteneciente al hecho religioso. Aunque, como en otras ocasiones hemos observado, la fenomenología de la religión al describir los actos religiosos apenas ha reparado en la peregrinación², hay que decir que se trata de un fenómeno situado con toda precisión y propiedad en la dinámica de lo religioso como respuesta del hombre a una presencia o comunicación anterior y fundante de la realidad divina. La peregrinación realiza de modo ejemplar la índole responsiva propia de la religión que es siempre lo que hace el hombre en respuesta a una iniciativa divina de comunicación. Donde hay religión, allí previamente ha habido revelación, llamada, epifanía de la realidad numinosa, y el reconocimiento que ante ella vive el hombre es lo que constituye la experiencia religiosa.

Esta estructura general de lo religioso es realizada de modo preclaro por el fenómeno de la peregrinación como viaje de respuesta, desplazamiento co-rrespondiente del hombre hacia el lugar de una especial comunicación de Dios. La peregrinación supone una presencia anterior en el mundo de lo divino o de realidades de este mundo que lo representan con especial intensidad, hacia la cual se dirige el hombre haciendo el viaje que cierra el circuito

² Se puede constatar esta ausencia en los grandes tratados actuales de la disciplina: G. van der LEEUW, *Fenomenología de la religión*, México 1964; J. MARTÍN VELASCO, *Introducción a la fenomenología de la religión*, Madrid 1978; X. PIKAZA, *El fenómeno religioso*, Madrid 1999; J. L. SÁNCHEZ NOGALES, *Filosofía y fenomenología de la religión*, Salamanca, 2003; G. WIDENGREN, *Fenomenología de la religión*, Madrid 1976.

de la experiencia religiosa³. Respecto de Dios, la peregrinación está anunciando su revelación en el horizonte de lo real, la presencia-lización mundana de lo divino, de modo que entra de lleno en la lógica del espacio sagrado cuya ley general, tal como enunciaba Mircea Eliade, es que toda cratofanía o hierofanía transfigura el lugar en el que ha acontecido y aquel espacio profano pasa a ser espacio sagrado, así que todo ámbito hierofánico, donde se da una particular presencia de lo divino ha debido ser siempre lugar de revelaciones primordiales⁴. Respecto del hombre, la peregrinación manifiesta su inquietud existencial y el anhelo por buscar y hallar la realidad trascendente. En cuanto realidad concreta de encuentro de lo humano y de lo divino en el horizonte de lo real, la peregrinación objetiva la sustancia de la religión y se constituye en una destacada experiencia religiosa que desarrolla diversos registros propios de ésta: reconocimiento, purificación personal, veneración, celebración, testificación, etc.

Esta condición de elemento paradigmático de lo religioso es confirmada por la presencia de la peregrinación en la totalidad de las tradiciones religiosas de la humanidad hasta llegar a ser una verdadera constante, un elemento del sustrato común de todas, porque en ella se toma conciencia de la manifestación de lo sagrado en el mundo y el hombre moviliza su finitud insatisfecha hacia objetivos trascendentes en los que encontrar una plenitud. Obviamente, la peregrinación presentará perfiles muy distintos en paralelo a la diversidad dada entre las distintas religiones, pero en función de los denominadores comunes existentes entre éstas está el hecho mismo de la presencia constante del peregrinar en todas o casi todas ellas. Religiones politeístas y monoteístas, étnicas o universales, más éticas o más místicas, todas coinciden en el cultivo de la peregrinación. En el Islám, la peregrinación a La Meca, junto con la oración, el ayuno y la limosna constituye uno de los pilares

³ “La peregrinación puede definirse como un acto global de sacralización. Se ha hablado del universo cerrado de la peregrinación queriendo significar que es un todo: al comienzo un desplazamiento espacial sacralizante en sí mismo, y al final, un lugar santo”, A. DUPRONT, “Peregrinación”, en P. Poupard (Ed.), *Diccionario de las religiones*, Barcelona 1987, 1398.

⁴ M. ELIADE, *Historia de las religiones*, Madrid 1990, 441-442.

de la fe. En el Hinduismo, Benarés es un destino importante de peregrinación, y lo es también para el Budismo que además por recomendación del propio Buda peregrina a lugares ligados a su vida y proceso espiritual y en la misma India, multitud de fieles acude a Amritsar, santuario de la religión sikhs. Fácilmente se podrían mencionar muchos otros lugares sagrados a los que se encaminan los creyentes buscando una experiencia de lo sagrado que sólo se da merced a la peregrinación, porque en el fondo de esta práctica está la convicción de la existencia de espacios en los que se da una presencia especial de la divinidad, de modo que es deber del creyente desplazarse hasta ese lugar para entrar en comunicación con lo divino y su fuerza salvadora.

En el seno de la historia de las religiones, seguramente ha sido el cristianismo la tradición religiosa que a propósito de la peregrinación ha aporta una postura nueva de profunda relativización, en la cual se advierte la novedad que introduce, tanto en relación a Dios como a propósito del hombre y de la realidad mundana. A respecto de ésta, dentro del marco creacionista de la revelación bíblica que desacraliza el mundo, aunque éste lleve una huella de Aquel que lo hizo y así da testimonio de Él, no hay en él lugares naturalmente sagrados a los cuales se deba ir para entrar en una relación especial con lo divino. Lo sagrado se constituye en el horizonte de lo real a partir de la especial manifestación histórica de Dios, y dentro de esa revelación sobre-natural, la fe cristiana afirma la presencia plenaria de Dios en la persona de Jesucristo, en quien hay que ver a Dios (Jn 14, 9), con quien hay que encontrarse y a quien hay que seguir. En el cristianismo, la peregrinación verdadera se llama seguimiento del Señor Jesús, *sequela Christi*. Pero Jesucristo, por otro lado, dentro de su praxis redentora, lleva a cabo la consagración del pobre como lugar de encuentro con él como Salvador (Mt 25, 45), de tal suerte que el acercamiento a los necesitados se hace también parte sustancial de la peregrinación cristiana en su sentido más propio y revolucionario.

Pero justamente desde esta centralidad de Jesucristo y su propuesta salvadora, en el cristianismo la peregrinación como viaje a un sitio determinado no ha dejado de tener un papel de enorme importancia, a partir del primer destino, ya a mitad del primer

siglo de la era y de la fe cristiana, que fue la ciudad de Jerusalén, lugar de la muerte y resurrección de Jesús, y después toda Palestina como escenario de su vida y obra salvadora. Desde aquel tiempo y aquel destino primero en torno a la presencia histórica y la actuación salvífica de Jesucristo, en el cristianismo se ha multiplicado enormemente la práctica de la peregrinación para visitar lugares como Roma o Santiago de Compostela, relacionados con la actuación de los apóstoles como testigos cualificados de Jesucristo, o tantos otros ligados a experiencias de encuentro con María la Madre del Salvador y de numerosos santos que han encarnado de modo ejemplar la vida cristiana y han suscitado afecto y devoción en el Pueblo de Dios.

De esta suerte, no se entendería la fe cristiana en su desarrollo histórico sin la peregrinación que aunque no sea un elemento absolutamente esencial en el vida concreta de la fe, se ha dado desde sus orígenes como un factor de notable importancia en la configuración del cristianismo histórico. En realidad, toda la existencia cristiana se ha descrito con mucha frecuencia y con toda naturalidad por innumerables teólogos y autores espirituales como un peregrinaje⁵, de manera que entendida así la fe, la práctica concreta del peregrinar parece aproximar bien a lo que es la índole peregrina de los creyentes⁶. Pero sería también interesante examinar cómo en las grandes religiones, en su teología, en su enseñanza espiritual y en su praxis litúrgica y moral, aflora perfectamente tematizada y como muy definitoria la categoría de la peregrinación para describir la vida creyente en esos ámbitos fundamentales.

⁵ “El concepto de *status viatoris* es uno de los conceptos fundamentales de toda teoría cristiana de la vida”, J. PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, Madrid 1976, 369.

⁶ En el cristianismo la condición peregrina del creyente tiene una formulación rica y precisa, trazando su figura en camino por el mundo hacia lo Eterno, hacia la región de la Semejanza, el hogar trinitario que es naturalmente el lugar de procedencia. Ese viaje en el tiempo instala al hombre de forma relativa en el mundo porque la patria definitiva es otra, los cielos nuevos y la tierra nueva. Sobre la identidad teológica de la peregrinación en el cristianismo puede verse con más amplitud G. Tejerina Arias, “Peregrinación. Antropología y espiritualidad”, en *Vida Nueva*, nº 2.700 (2010) pp. 24-28.

EL SUSTRATO ANTROPOLÓGICO Y LA LECTURA HUMANISTA

Si la peregrinación es un acto religioso, originado en el dinamismo de experiencia de lo Absoluto transmundano en cuanto se hace presente en el horizonte del mundo, es cierto que procede también de un hondo sustrato de la ontología de lo humano que ha encontrado expresión y realización preclara en el campo experiencial de la religión. Esta fuerte componente humana hace que se pueda dar y de hecho hoy se esté dando una práctica del peregrinar en la que lo religioso, como dijimos hace un momento, es una motivación más, a veces más bien secundaria, o que ni siquiera esté presente en muchos que se dirigen hacia un santuario religioso o cristiano por los caminos antiguos abiertos por la devoción de incontables generaciones de creyentes. Es decir, como otras realidades propias del cristianismo, en virtud de los valores humanos que lleva en sí, la peregrinación se puede autonomizar de su raíz religiosa y ser cultivada con baja o nula experiencia de fe, que es exactamente lo que está ocurriendo en nuestro tiempo en alguna proporción y en muchas rutas como en el Camino de Santiago. De este modo, el auge actual de la peregrinación con esta presencia variable de la motivación religiosa o con su ausencia completa plantea una interpretación humanista que en siglos anteriores hubiera sido mucho menos exigida en la comprensión del fenómeno.

Esta lectura humanista abordamos a continuación, queriendo sacar a la luz los elementos antropológicos fundamentales que están presentes o se realizan en la práctica religiosa del peregrinar y queriendo ver además cómo por razón de esos significados humanos de que es portadora, la peregrinación constituye una imagen precisa de la naturaleza y de la existencia del hombre que justa y

cabalmente se han definido como peregrinas. Siendo una versión notable de la naturaleza y de la experiencia del hombre en cuanto *homo viator*, puede y debe ser examinada como ilustración precisa de la realidad humana y a esta capacidad reveladora procuraremos atender en lo que sigue.

El fondo del ser del hombre que emerge y se objetiva en la peregrinación es su condición viandante, de modo que en esta forma de lo humano como en tantas más, la experiencia religiosa asume y sitúa en el plano de lo sobrenatural algo que constituye una estructura o una experiencia básica del hombre. Este es esencial y constitutivamente un ser andante porque sólo puede realizar su razón y su libertad en marcha sobre el mundo que en los lugares y modos correspondientes ofrece sus riquezas materiales y espirituales. Una instalación en la realidad que inmovilizara al hombre en un sitio determinado podría bloquear su creatividad en el seno de lo real y acarrear la atrofia de su ser, de tal modo que el viaje constituye un elemento antropológico muy notable en la recta realización de lo humano. Con razón Gabriel Marcel echaba en falta el reconocimiento de la importancia específicamente filosófica de la idea del viaje no obstante reunir en sí, decía él, determinaciones que pertenecen al tiempo y al espacio⁷, que son no meras coordenadas exteriores que enmarcan al hombre sino dimensiones constitutivas de su ser. El viaje modifica al viajero, le enriquece y le desarrolla como hombre al contacto con la realidad exterior que encuentra en su camino. Enfatizando el valor del viaje, se ha llegado a la afirmación de que la meta es el camino, que el desplazamiento mismo constituye el objetivo, aunque no se debe ignorar que el término final ha de otorgar algún valor especial por razón del cual se constituye en objetivo del viaje.

En esta su condición andante, el hombre lleva a cabo por el mundo desplazamientos de distinto tipo que se corresponden con diferentes estructuras de su naturaleza y su circunstancia histórica y existencial, y entre ellos, muy señalado, la peregrinación⁸, que

⁷ G. MARCEL, *Homo Viator*, Paris 1952, p. 8.

⁸ Otros viajes destacados, de distinto valor y significado humano, son la emigración, el éxodo, el vagabundo, el viaje turístico, la expedición científica, etc.

como viaje hacia un objetivo de valor superior, se percibe como un verdadero arquetipo de lo que es la vida, según la noción de arquetipo establecida por C. G. Jung como idea originaria, forma o imagen que está presente en la psiqué colectiva, en buena parte como resultado de experiencias comunes y que se transmite por tradición y por herencia. La mente, en efecto, asocia con espontaneidad el fenómeno de la peregrinación al desarrollo de la vida o a la marcha espiritual del hombre hacia el plano de valores que considera su objetivo, de ahí que haya sido con frecuencia metáfora o alegoría de la marcha de la existencia humana. Por eso, fuera del marco propiamente religioso en el que se constituye el peregrinaje como plasmación cualificada de la condición andante del hombre, incontables veces y en culturas muy distintas, literatos, pensadores, tradiciones sapienciales, han hablado del hombre como peregrino, o del decurso entero de la vida, entre los términos del nacer y del morir, bajo la figura de la peregrinación.

Aflora en la mente o en el lenguaje la imagen de la peregrinación para describir la existencia humana, porque radicalmente el hombre es en sí mismo natural o esencialmente peregrino y por esta misma razón en la práctica concreta del peregrinar alcanza una realización relevante esa vocación de caminante hacia una meta, que sólo llevará a cabo mediante la libre decisión de hacer el camino correspondiente y no sin el riesgo de extraviarse o de desistir del empeño y no llegar. En cuanto realiza con singular acierto la vocación peregrina del hombre, la peregrinación religiosa la revela y llama con precisión a tomar conciencia de ella.

Y el hombre es naturalmente peregrino en cuanto finito, ser carencial en marcha siempre hacia algún objeto u objetivo capaz de satisfacer en determinada medida sus insuficiencias. Hay un nexo originario entre la finitud y la condición peregrina que realiza y refleja de modo elocuente el fenómeno concreto del peregrinaje. La práctica religiosa de la peregrinación expresa el anhelo de la criatura finita de encontrarse con lo Absoluto de quien procede y a quien aspira allí dónde hay un signo especial de su presencia, y análogamente el hombre es peregrino en cuanto constituido en su finitud que es siempre finitud insatisfecha, que vive sin resignación, por mor del anhelo que lleva en sí y que le impulsa a la búsqueda de

objetivos ulteriores sobre lo dado en cualquier momento⁹. También el viaje que hombre realiza hacia dentro de sí mismo, tantas veces descrito como peregrinación interior, testifica su finitud y limitación porque hace ver que nunca se halla en perfecta y definitiva coincidencia consigo mismo, que no goza de una plena posesión de sí mediante el autoconocimiento y la acción libre y soberana en la que se proyecte y se objetive de modo acabado. Careciendo de esa plena posesión de sí, es necesario el viaje al centro del yo personal, el camino por dentro hacia el conocimiento de sí mismo en el cual descubrir límites que hay que aceptar y potencialidades personales cuyo desarrollo se erige en objetivo decisivo, mientras percibe una verdad interior tan íntima como superior a él que marca medios, pasos y pautas a ese fin. El hombre está llamado a peregrinar hacia sí mismo buscando su unificación personal –no sin el juego con la realidad exterior a la que pertenece–, por razón de su inacabamiento natural, de su falta de perfecta autoasunción y autoposesión que siente como valor indispensable.

A su naturaleza finita pertenece la temporalidad del hombre, dentro de la cual es peregrino, en ruta hacia lo que se ha de alcanzar hoy y en días venideros, porque sin apertura hacia el futuro no hay camino posible. La peregrinación concreta, en cuanto moviliza hacia un objetivo distante, abre a un futuro que ha de ser mejor, en el que se alcanzarán bienes más altos, como de hecho ocurre en la marcha ordinaria de la vida humana en la que sin un tiempo abierto en el que sea posible lo nuevo y lo mejor, no se camina, siendo justamente la desesperación que paraliza la conciencia de un tiempo cerrado, sin posibilidad de alguna novedad cualitativa, del tiempo como prisión¹⁰. La vida es peregrinación, además, en un tiempo que sabemos tasado, que no tiene vuelta atrás y que confiere al viaje de la existencia tras los objetivos de valor la seriedad grave de saber que hay que hacerlo en un lapso cuyos instantes son

⁹ Evidentemente, este anhelo inapagable y la consiguiente búsqueda abierta son propios del hombre como alma espiritual: “*C’est l’âme, précisément, qui est une voyageuse, c’est de l’âme, et d’elle seule, qu’il est suprêmement vrai de dire qu’être, c’est être en route*”, G. MARCEL, *O. c.*, 10.

¹⁰ G. MARCEL, *O. c.*, 71.

irrepetibles e irrecuperables, y que según la ley de la temporalidad humana, los tiempos no son iguales, que algo los cualifica y diversifica, que hay tiempo para una cosa y tiempo para otra, tiempo para muchas y tiempo para ninguna, y que en los viajes de la vida, por lo tanto, importa mucho acertar con la hora propicia.

De manera sumamente expresiva la peregrinación muestra que en su vivir ordinario, al hombre le hace peregrino el coeficiente de valor del mundo en que habita, el venero rico pero limitado de sus riquezas. Es quizá éste uno de los significados antropológicos más relevantes de la peregrinación. El espacio sagrado como ámbito de especial significación de lo Incondicionado y el camino hasta él son cifra de la presencIALIZACIÓN más intensa del valor de la realidad hacia la que el hombre se ha de dirigir. La peregrinación no es el viaje a alguna parte, es viaje a un destino especial, al lugar que es ámbito privilegiado de encuentro con lo Sagrado y así sugiere o señala ejemplarmente que en el horizonte de la realidad natural existe un objetivo de valor que se puede alcanzar esforzadamente. La peregrinación testifica la empresa de vivir comprometidamente en una tierra que no es perfecta, en la que sólo se puede vivir con esfuerzo, pero que existe dotada de valores que suscitan y polarizan el andar cotidiano de los hombres. Así, en su decurso natural, como viaje que alcanza un objetivo de valor superior perseguido con anhelo y empeño, la peregrinación se perfila como experiencia y expresión del sentido, realiza con toda exactitud la relación de ajuste entre expectativa y cumplimiento en la cual consiste el sentido de la existencia del hombre posibilitado por la relación de encaje y armonía que rige la entera realidad dándole su consistencia, su valor y su fecundidad.

En efecto, en su finitud insatisfecha, el ser humano percibe en el horizonte del mundo realidades de valía capaces de satisfacerle en alguna medida y que son alcanzables en un tiempo dado, y de esta suerte orienta sus pasos hacia ellas. Por eso, hace al hombre dinámico, ser en camino, la existencia de objetivos de valor hacia los cuales moverse, porque si en el mundo hay muchos terrenos baldíos o inhóspitos, nunca deja de aflorar en él el caudal del valor intenso que lo hace bueno, bello y amable.

Como hay peregrinación porque hay una meta, así la tesitura del vivir humano es concebible como peregrinaje por los objetivos

de valor del mundo y de lo humano mismo que inducen y justifican el camino hacia ellos. Las promesas de un mundo que desvela sus riquezas concretas como alcanzables y que enuncia así que hay una felicidad posible, hacen al hombre peregrino, permanentemente en camino¹¹, constituido en su ley más propia, que es el esfuerzo confiado con el que cada día mueve sus pasos buscando e invocando sus objetivos de valor¹². Sólo una tierra dotada de sentido permite al hombre habitarla, pero habitarla como ser peregrinante, en pos siempre de sus bondades, a lo largo de los días, en el seno de la temporalidad, la suya y la de las cosas. Si el hombre es peregrino en su existencia ordinaria es por ser ciudadano del mundo, no el extranjero, no el ser-arrojado a una realidad inhóspita, sino instalado en una realidad hogareña.

Peregrino es el hombre siempre que percibe la honda *adequatio* entre sus aspiraciones y la riqueza de bienes que el mundo le promete y que confía en alcanzar. La peregrinación del vivir nace en la conjunción de la finitud y limitación del hombre con la finitud de la realidad por la cual sus bienes y valores no colman el mundo, se hallan localizados y es menester conocer su ubicación y caminar con empeño hacia allá. El viaje de la existencia se teje en la convergencia activa del ser carencial del hombre, vivido sin resignación, con la realidad en su consistencia y riqueza relativas.

Con esto se hace patente que si el peregrinaje es metáfora de la vida, si revela y realiza elementos sustanciales del ser humano, en realidad y más exactamente, es imagen de una vida orientada, en camino hacia el valor que la realiza o la enaltece. La vida, por tanto, puede ser y será peregrinación en el mejor de los casos, cuando en

¹¹ “Es casi imposible una afirmación que cale más profundamente en la zona más íntima de la existencia creada que la de que el hombre hasta su muerte está en *statu viatoris*, en el estado de un ser en camino... Este estado expresa más bien la constitución más íntima del ser de la criatura. Es el intrínseco y entitativo ‘aún no’ de la criatura”, J. PIEPER, *O. c.*, 370.

¹² “Espera un hombre. Espera un ente finito e inteligente, que no se conforma con su propia finitud: por lo tanto ‘precario’. En cuanto conoce inteligentemente su propia finitud, y en cuanto, por conocerla, no se contenta con ella, el hombre es un ente cuyo modo primario de ser es la *prex*, el ‘ruego’”, P. LAÍN ENTRALGO, *La espera y la esperanza*, Madrid 1984, 585.

analogía con el viaje religioso sea camino a la morada de la verdad, de la justicia, de la belleza, camino hacia cualquier valor que contribuya a humanizar al hombre. Será peregrinaje el curso de la existencia y no un vagar errático si hay un destino y si hay caminos a él, si el movimiento del vivir por el mundo tiene algún finalismo y tiene además las mediaciones correspondientes.

Esta experiencia de la riqueza de la realidad es expresada y corroborada por el fenómeno de la peregrinación en cuanto en ésta hay siempre un punto de partida al que se quiere volver después de haber alcanzado el lugar de especial significado religioso. El peregrino no es un ser errático, sabe del término de su viaje y de los caminos correspondientes, pero tiene además un punto de salida. La peregrinación supone un hogar al que se quiere volver y que estará bien presente en el viaje. El desplazamiento al lugar sagrado, aunque pueda repetirse, es un suceso en la vida, supone una interrupción por un tiempo en lo consuetudinario de la existencia para volver después, quizá de otro modo, pero volver, a la vida ordinaria. El peregrino sabe de su patria, a la cual quiere regresar y de este modo el viaje excepcional hacia un lugar sagrado muestra y confirma también la dignidad de la vida ordinaria y la necesidad de luchar por ella. Aún cuando lleva la mirada al destino de algún modo trascendente, la peregrinación religiosa de forma indirecta no deja de afirmar el valor de la inmanencia del mundo y de la vida ordinaria y así es indicativa de la posibilidad y del valor de la instalación general del hombre en una realidad dotada de consistencia. El hombre, como el peregrino, es viajero y no vagabundo por ser alguien suficientemente situado en el seno de lo real que tiene como morada y dentro del cual habita y camina, sabedor de un procedencia y de unas metas de llegada, porque quien no camina seguramente no sabe si tiene que ir a algún sitio pero quizá no sepa tampoco de dónde procede.

Como el peregrinaje concreto, la general condición peregrina del hombre está sostenida por la esperanza, como ya hemos mencionado, esperanza que tiene en esa marcha su más exacto cumplimiento. El peregrino en marcha hacia aquello que anhela y confía alcanzar es hombre esperanzado que está haciendo presente que el esperar es principio de vida y de movimiento. El peregrino es caminante que

sostenido por la fe y la esperanza camina con tesón y generosidad hacia valores superiores. Se inicia el viaje esperando con ilusión llegar a una meta de valor que existe, discurriendo con alguna seguridad por un camino ya hecho que se ofrece como ruta en la que se puede confiar. No es imposible que el peregrino se extravíe, pero el camino está delante y sostiene la esperanza de no perderse. Así mismo es peregrino el ser humano. La peregrinación muestra la marcha general de la vida misma, en la cual, mientras haya un objetivo de valor que el hombre confíe alcanzar, habrá movimiento. En la vida, como en la peregrinación, el valor en sí y la esperanza en alcanzarlo son los factores de impulsión de la marcha individual y colectiva, personal e histórica, de los hombres sobre el mundo, porque se camina cuando se contempla un objetivo como alcanzable en sí y alcanzable para ellos a través de huellas e impulsos que sostienen una marcha esperanzada.

El *homo viator* es y sólo puede ser, hombre de esperanza¹³. Gabriel Marcel titulaba una de sus obras más significativas "*Homo viator. Prolegómenos a una metafísica de la esperanza*". La condición viandante del hombre y su condición esperanzada son en realidad la misma cosa. La esperanza hace caminantes y sólo se camina bajo la esperanza¹⁴, siendo siempre cierto que ésta no es nunca certeza absoluta, en plena exclusión de la inquietud, y de hecho el hombre puede fracasar en su caminar que es siempre arriesgado¹⁵. En realidad, la esperanza sólo es auténtica en el forcejeo y la victoria frente a la tentación de desesperar que no dejan de sugerir alguna vez la complejidad y la limitación de lo real, la finitud y defectibilidad humana, la fugacidad del tiempo.

¹³ "Existir en el mundo es 'estar siendo' en camino o en pretensión de 'ser plenamente'. Si no fuera así, yo no hubiera esperado verdaderamente", P. LAÍN ENTRALGO, *O. c.*, 381.

¹⁴ "La esperanza es de necesidad al peregrino; ella endulza el caminar, pues el viajero que se halla fatigado en el camino sobrelleva su trabajo en espera de llegar al término. Qúitate la esperanza de llegar, y al punto se quebrantarán sus fuerzas para andar", S. AGUSTÍN, *Sermón* 158, 8, edic. BAC, Madrid 1950, p. 729.

¹⁵ P. LAÍN ENTRALGO, *O. c.*, 572, 577: "Confianza no es seguridad; la esperanza es siempre insegura, nunca excluye totalmente la defianza"; ver G. MARCEL, *O. c.*, 49.

Así se aprecia que la esperanza, determinante en la peregrinación, está sostenida por la aportación decisiva de los demás. En cuanto la ruta que recorre el peregrino la ha abierto el paso de otros que la hicieron antes, la peregrinación posee este fuerte carácter social y tradicional. Se peregrina marchando confiadamente por una vía hecha por muchos y adentrándose en ella se entra en la corriente de una tradición de búsqueda que ha legado el camino. Así la peregrinación revela que los caminos y el caminar mismo de la vida humana no existen sin tantos otros que han abierto y abren rutas y sin aquellos que son la compañía propia en el recorrido personal. Entre los hombres la condición peregrina es común y sólo juntos se llega a saber de los valores de la realidad y de sus caminos, y sólo juntos se puede hacer el viaje en pos de ellos allí donde se anuncian y sólo con los otros, cuando se comparten y se testimonian, se llegan a vivir y a gozan cabalmente esos valores. Incluso el viaje que emprende el hombre hacia sí mismo, por su interioridad personal, necesita de la interpretación que aporten otros para conocer y valorar rectamente aquello que se descubre del yo íntimo. Como ha puesto de relieve la lección vigorosa de los personalismos del siglo XX, Buber o Lévinas, en especial, la revelación del yo no acontece sin contemplar el rostro del otro y sólo con los demás se llega a saber de la vocación más personal.

EFICIENCIA ESPIRITUAL DE LA PEREGRINACIÓN

En cuanto afirma y consagra el sentido de la realidad y del caminar humano por ella, en su textura ordinaria y en sus especiales objetivos de valor, la peregrinación sale al paso de aquellas visiones que deniegan al hombre la condición de viajero esperanzado por el mundo en pos de su justa realización humana. Todavía nos resuenan los dichos de la estación existencialista de la cultura europea a mitad del siglo XX sobre el hombre como criatura arrojada al mundo, extranjero, esperando a Godot, ser-para-la-muerte. Años después, en un libro hasta hoy de enorme éxito en muchos países como *El azar y la necesidad*, Jacques Monod levanta acta del final del sueño milenario del hombre que es llevado por la ciencia actual a descubrir su soledad total, su radical foraneidad en el mundo. Aleccionado por esa ciencia empírica, el hombre, dice Monod, sabe hoy que es como un zíngaro situado en el margen del universo en el que debe vivir, un universo que le es enteramente ajeno, que es sordo a su música, indiferente a sus esperanzas, a sus sufrimientos y a sus crímenes¹⁶. En fechas más cercanas, teóricos de la Post-modernidad como Vattimo preconizan como talante propio del hombre de hoy, desengañado de todas o de casi todas las promesas de la razón moderna, la “carencia de identidad personal”, “la inexistencia de un fundamento fijo” y con ello “el vagabundeo incierto”¹⁷.

¹⁶ J. MONOD, *El azar y la necesidad*, 7ª edic., Barcelona 2007, 177; “el hombre sabe al fin que está sólo en la inmensidad indiferente del Universo de donde ha emergido por azar. Igual que su destino, su deber no está escrito en ninguna parte”, p. 184.

¹⁷ G. VATTIMO, *El fin de la Modernidad*, Barcelona 1986, 151.

Es evidente que desde un punto de vista estrictamente racional no es sostenible que éste sea un mundo apenas habitable o que la existencia o la historia de los hombres sean un trágico o un banal vagar sin rumbo. En algún pensamiento de este tenor no deja de percibirse cierta pose literaria rayana a veces en la demagogia, porque la experiencia más determinante es que el hombre venido al mundo es capaz de instalarse creativamente en él y puede vivir una vida fecunda y satisfactoria, porque el mundo es habitable y la misma sociedad humana, con sus espacios de frialdad y violencia, consiente encontrar un lugar de luz y de calor que han de atraer los pasos del hombre, como en el plano de lo religioso testimonia y razona la peregrinación como viaje hacia la fuente y la consumación del valor y del sentido de la realidad y del mismo hombre.

En definitiva, la peregrinación es imagen y realización expresiva del ser andante del hombre, bajo el signo de la esperanza, en pos de algo que ofrece el mundo, que no se tiene o no se tiene suficientemente, lo que lleva a hacerse al camino hasta encontrarlo. La peregrinación revela y realiza esta condición viatora del hombre en la apertura permanente propia de su finitud, necesitado de realidades de valor que han de existir y existen y que es menester buscar con empeño y esperanza, incluida la verdad y el destino inscritos en el yo personal que con suma frecuencia quedan lejos de su conciencia actual por lo que se hace también necesario el viaje hasta ese fondo personal para encontrarse consigo mismo. Quizá el efecto humano más propio del peregrinaje sea ayudar a descubrir la vida como marcha en pos de lo bueno y lo bello, porque tiene la virtualidad de configurar al hombre como buscador, como viajero por el mundo hacia un objetivo que le realiza, sea el punto de llegada, sea la marcha misma, el recorrido esforzado de un camino en el cual el hombre se puede encontrar a sí mismo o a los demás de una manera nueva.

Pero siendo una realización notable de la natural condición andante del ser humano, la peregrinación también es llamada, apelación al hombre a fin de que asuma esa su naturaleza en un acto de libertad responsable. Como dijimos, el hombre será peregrino en el mejor de los casos, cuando su vida sea de hecho camino hacia verdades y bienes que le satisfagan y le realicen, y esto supone que exista

ese horizonte de valor, pero supone también que el hombre mismo se quiera mover hacia allá y a esto llama el fenómeno concreto del peregrinar que surge del levantarse y salir hacia un objetivo superior y así convoca a una vida bajo el arranque de una libertad consciente y buscadora, una vida como camino asumido libremente hacia un fin deseado.

La condición de *homo viator* es natural en el hombre, pero éste no siempre la asume y desde luego nunca lo hará de forma espontánea. Es decir, el hecho de vivir como verdadero viandante en pos de la verdad y el valor que humanizan, está, como todo en el hombre, bajo el signo de la libertad. En el ser humano, quitando algunas funciones fisiológicas, todo está bajo una llamada, nada se impone automática o necesariamente, todo está presente como invitación a la libertad personal. La necesidad personalísima de emprender una búsqueda hasta el encuentro de realidades de valor que satisfagan el yo personal tiene que ser libremente asumida. Incluso cuando se trata de la verdad que habita en el fondo del propio yo, el hombre, como hemos dicho, tiene que dedicarse a buscarla con la correspondiente decisión de su voluntad. Si hay que hacer un camino de realización personal, no se hará de hecho si no se plantea y se decide expresamente hacerlo, porque también podemos quedar prisioneros de la indolencia o la perplejidad, paralizados por la dejadez, la rutina o el temor, fijos en la situación dada, sin crecimiento, sin un camino ascendente de humanización.

De hecho, el hombre rehuye su condición de viandante, se apega estáticamente a lo dado o queda al albur de factores externos a él. No son infrecuentes, de hecho, en la historia personal de los hombres episodios de parálisis espiritual en los que el único impulso ha sido el vaivén de los acontecimientos que han traído y llevado sin que desde la razón y la libertad propias hubiera una marcha o una dirección personal. Esta es la tensión, en este aspecto, en la que se halla el hombre: necesitado de hacer un camino hasta la verdad y el valor y seguir acompañado de ellos su desarrollo personal y por otro lado, sin embargo, debiendo tomar la decisión expresa de hacer esa búsqueda esperanzada en contra de las inercias de lo cotidiano, la tendencia a lo estático, cierta pereza, el temor a perder lo que ya se tiene, etc.

Esta tensión es constitutiva del hombre, viandante por naturaleza y al mismo tiempo amenazado por la tendencia al inmovilismo que bloquea todo crecimiento ulterior, sea por su propia estaticidad, sea por las resistencias y dificultades del entorno, y en este forcejeo se ha de imponer, mediante un acto de voluntad, el movimiento, alentado por la esperanza, que saca a la búsqueda de bienes y valores. En esta pugna, en la que se sustancia el logro o el fracaso personal, la peregrinación se convierte en una figura, un estímulo fundamental. Necesitado de impulsos, de imágenes y símbolos eficaces, de experiencias que sirvan de precedente y que alienten una esperanza, de soportes y compañías para el camino, la peregrinación desde siempre ha sido y por siempre será un recordatorio poderoso de la condición de *viator* que es sustantiva en el hombre, el ser que siempre se halla en vías de realización. La peregrinación se perfila como parábola de ese movimiento soberano del hombre, implantado dinámicamente en el mundo, hacia un término de valor superior, por el camino abierto por tantos buscadores de objetivos similares, para desarrollar cabalmente su vida personal.

En la realidad concreta, lo cierto es que los hombres a veces se extravían en el mundo, en el tiempo, no siempre tienen hogar, pueden no encontrar destinos de valor, rutas, señales, compañías cordiales, padecen graves carencias en materia de fe y de esperanza. Por eso, no siempre la peregrinación es imagen exacta del vivir humano, porque no siempre la existencia es este camino esforzado hacia un valor alcanzable. Por la falibilidad del hombre y por la dureza del mundo y de la historia, la vida puede derivar también en mayor o menor medida hacia un vagar sin rumbo. El peregrino no es un ser errático, ni un exiliado sobre la tierra, pero el hombre sí puede serlo y quizá en éste, que es tiempo de tantas orfandades, muchos hombres se sienten más vagabundos o extranjeros que peregrinos, más seres erráticos en un mundo carente de valores, o de caminos, o de compañías, que viajeros con empeño e ilusión hacia un destino seguro en el que encontrar la verdad venerable y el bien que salva.

Aquí justamente tiene su eficacia simbólica la práctica religiosa de la peregrinación que revela la filigrana del hombre como peregrino sobre la corriente de sentido que sostiene la realidad entera y llama a adecuarse a ella. En su índole religiosa, el peregrino es

metáfora de una vida que puede y debe ser vivida en camino hacia lo que la realiza, y si esta es la vocación del hombre, entonces la práctica del peregrinar tiene la facultad de identificar al hombre consigo mismo, está en grado de inculcar la condición peregrina sobre un mundo dotado de valores que hay que alcanzar y cultivar.

De este modo la peregrinación, práctica antigua, radicada en lo más remoto del desarrollo espiritual del hombre, aparece como capaz de enriquecer su experiencia confirmándole en la convicción de la existencia de objetivos de valor, en la posibilidad y la esperanza de alcanzarlos con su empeño y la compañía de los demás en el encuentro gozoso que alumbra la felicidad de esta vida. La peregrinación como práctica concreta está expresando categorialmente algo que es una estructura general de la marcha de la existencia humana sobre el mundo y del mundo mismo, es decir, su finalismo. Toda peregrinación tiene algo de viaje iniciático porque efectivamente introduce al hombre en estructuras o formas de ser que son sustanciales en él. Creo también que la peregrinación genuina tiene por eso mismo un carácter mayéutico, porque en su decurso se alumbra algo que el hombre llevaba en sí, porque saca a la luz y da vida a su condición de buscador esperanzado de objetivos de valor y así se realiza a sí mismo. La peregrinación esclarece y confirma la condición peregrina del hombre y le permite situarse con más lucidez en la búsqueda afanosa y esperanzada de los objetivos de verdad, bondad y belleza necesarios de modo que se constituye como un ejercicio verdaderamente humanizador.

La peregrinación inculca que la vida puede y debe ser un viaje con sentido que es preciso recorrer con empeño, asumiendo la objetividad de los valores que nos hacen más. Hogar, destino, camino y compañía tejen el peregrinaje como referente primordial de una vida dotada de sentido, tanto en lo que ya se posee como en lo que mediante la búsqueda esforzada es alcanzable. Naturalmente, esta eficiencia espiritual, más que a través de reflexiones como éstas sobre la correspondencia entre la peregrinación y la naturaleza andante del hombre, se dará mediante la práctica concreta del peregrinar que introducirá del modo más efectivo en la experiencia de la realidad y de la condición humana implicada en ella que hasta aquí hemos evocado. Pero siendo la consideración racional además

de legítima, constructiva, a la reflexión que hemos emprendido aún le cabe la posibilidad de considerar más de cerca la dinámica concreta de la peregrinación a través de lo cual se podrá percibir quizá de modo más concreto el posible efecto humanizador que es capaz de aportar.

LA FORMA EXCELENTE Y LA DINÁMICA CONCRETA DEL PEREGRINAR

En su distinta morfología según las distintas religiones y dada también la lógica evolución histórica, la peregrinación hoy se realiza de muchos modos y con suma frecuencia por medios motorizados de transporte. No obstante, siguen existiendo muchas peregrinaciones en las cuales el desplazamiento o gran parte de él tiene lugar a pie. Creo que esa es la forma excelente del peregrinar, no sólo porque mantiene el modo originario, sobre todo porque supone una experiencia integral en cuanto permite al peregrino desplazarse de modo más personal, llevándose a sí mismo con decisión, asumiendo el propio yo en su unidad psico-física y espiritual en sus posibilidades y en sus limitaciones, puestas a prueba en el camino. Implicando la totalidad que es el hombre, la marcha a pie activa los constitutivos espacio-temporales bajo el mandato de la voluntad, experimentando así la fuerza de una motivación, la fidelidad a un propósito en medio del esfuerzo y el cansancio, al tiempo que permite establecer una relación profunda con el medio físico que hay que atravesar posibilitando una experiencia sumamente rica del mundo, de la naturaleza en su belleza y en su inclemencia, la vivencia más lenta del tiempo, etc. Pisando del modo más directo la tierra, la peregrinación devuelve al hombre a su creaturalidad, a las medidas de su naturaleza material, le recuerda su hechura corpórea que corre el riesgo de olvidar subido a los productos derivados de su dominio racional sobre el mundo que le hace olvidar su pertenencia al medio natural y el misterio del ser¹⁸.

¹⁸ No cae aquí a trasmano la meditación de Heidegger sobre la pérdida del hombre actual del misterio del ser al habitar un mundo formado por sus propias

Por todo esto, la marcha a pie preserva la identidad sustancial de la peregrinación, su significado más hondo y constituye una especie de elemento estructural en el sentido plenario del peregrinar. Por eso, de ningún modo puede considerarse un residuo de tiempos pretéritos que ya no tenga sentido porque hoy contemos con medios de locomoción que nos conducen fácil y cómodamente. No es un vestigio del pasado, también porque entonces se disponía de medios de transporte como carros o caballerías que sin embargo, se utilizaban poco, también por la convicción de que el peregrino debía llegar del modo más personal al término de su viaje, por tanto, andando, y buena parte de la gracia de la peregrinación estaba justamente en caminar hacia allá.

En un tiempo en el que en el mundo católico, a Roma, a Tierra Santa, a Lourdes, o a Asís, llegan cada día miles de peregrinos por todos los medios menos a pie, al igual que ocurre con otros destinos de otras religiones, hay que decir que en su pureza propia, la peregrinación se hace andando, y que aquellas rutas que como el Camino de Santiago siguen ofreciendo el caminar se presentan como una forma fundamental y preciosa de peregrinación que ofrecen la posibilidad a los hombres de hoy de hacer esta experiencia de la distancia, la naturaleza, el esfuerzo y las penalidades del caminar largo. Por eso mismo, cuanto se haga por mantener la peregrinación a pie significará mantener la posibilidad de una experiencia del más alto valor espiritual.

Persuadidos, pues, de que tal es la forma excelente, examinamos en lo que sigue la dinámica más particular de la peregrinación a pie, buscando señalar la riqueza espiritual que es capaz de alumbrar. En realidad, varias de las consideraciones hechas en apartados anteriores sobre la peregrinación en general han sido formuladas teniendo muy en mente esta forma más pura. Desde el comienzo hasta su término, todo el desarrollo de la peregrina-

categorias racionales. El hombre se rodea de un universo de instrumentos creados por él para su bienestar y del cual ha desaparecido el misterio de la naturaleza "en bruto", el misterio de las nubes, las rocas y las plantas, que ni proceden de él ni tienen en él su sentido. El hombre abandona toda actitud contemplativa y la reemplaza por la actitud técnica de dominio, sumamente peligrosa; pronto los demás podrán quedar reducidos también a la categoría de herramientas.

ción tiene el carácter de acontecimiento excepcional, abundante en situaciones, actitudes, experiencias, adquisiciones nuevas. Esta excepcionalidad está en el mismo arranque de la peregrinación en el que se deja atrás el entorno del vivir cotidiano, por lo general poblado de gentes y cosas que tutelan y hacen grata la vida y en el que el hombre se mueve con seguridad. Así se emprende un viaje a pie en el que tiene lugar una pérdida drástica de comodidades materiales para pasar a la situación de dependencia que vive un peregrino, siempre, por definición, necesitado de apoyo y acogida. Así puede sentirse una conciencia más clara de la dependencia que nos constituye, a veces sin ser debidamente conscientes de ello, de la gracia y el favor ajeno que sostienen la vida propia y de la gratitud necesaria.

En este despojamiento, la peregrinación recuerda que el camino hacia cualquier objetivo superior no se hace nunca sin prescindir de determinados equipajes que, o no son necesarios, o son abiertamente contraindicados y es indispensable renunciar a ellos. Con los pocos pertrechos que caben en una mochila que además no debe pesar mucho, bajo la eventualidad de no encontrar un alojamiento o tener que aceptar uno que no es el mejor imaginable, se vive un desapego más que saludable del cúmulo ingente de cosas que parecen sostenernos en la existencia ordinaria y sin las cuales se diría que malamente podríamos vivir. De este modo, la peregrinación reduce a lo esencial la posesividad al imponer una ruptura del vivir ordinario, y esta quiebra es un acto de libertad del hombre sobre las formas de su vida cotidiana como sujeto soberano por encima de ellas¹⁹. La peregrinación abre así un tiempo para la superioridad espiritual del hombre. Ciertamente en esas condiciones no podríamos vivir todos los días, porque en su ubicación social la vida demanda otro sistema de posesión y de uso de medios materiales. Pero para tomar conciencia de la relatividad de todo ese utillaje que nos sostiene a diario, para liberarnos de su probable dictadura, para alumbrar una libertad que también debe hacernos más solidarios con hombres más necesitados, el despoja-

¹⁹ En el seno de la historia de las religiones aparece como una constante que “en todas las peregrinaciones se requiere el abandono de todas las manifestaciones de lujo o elegancia, los vestidos nuevos o de fiesta”, A. DUPRONT, *O. c.*, 1399.

miento material que impone la peregrinación constituye una rica experiencia espiritual²⁰.

Así se constituye en vía de purificación, espacio de catarsis personal que hace más disponible para realidades consideradas por la persona misma de importancia mayor. La peregrinación se sitúa en la lógica del sacrificio necesario en la vida humana que sólo se puede vivir auténticamente con algún coeficiente de renuncia que reclama el cultivo de realidades superiores. No hay vida espiritual, batalla en pro de la más alta realización personal del hombre, sin negación, sin ascesis, y de este requisito ordinario es metáfora y resorte la peregrinación que se vive o se puede vivir como práctica concreta de la necesaria liberación para alcanzar y gozar más lo que se estima más valioso.

Quiero citar en segundo lugar los amplios espacios de silencio y soledad que se abren en la marcha, que la vida ordinaria no ofrece y que posibilitan el ensimismamiento, la confrontación desnuda con uno mismo que es indispensable en el camino de crecimiento humano. No se busca nada acertadamente sin partir con lucidez y exactitud de la propia situación personal. También en esto la peregrinación ofrece y representa un valor cuyo cultivo en la vida ordinaria de las sociedades industriales y de la comunicación total no es nada fácil. En el camino hecho a pie brota el tiempo largo, a la medida real del movimiento humano. El tiempo se humaniza, se recupera según las medidas más propias y ya poco familiares del hombre, porque se vive marcado por el ritmo lento de su caminar. En este tiempo ganado se ofrece una ocasión excepcional para entrar en el propio interior a hombres que estando en tantos sitios, en una

²⁰ Esto sitúa la práctica de la peregrinación dentro de la dialéctica que prescribía Heidegger ante los objetos técnicos, de los que es preciso servirse manteniéndose a la vez libres de ellos en todo momento, usarlos pero dejándolos descansar en sí como algo que en lo más propio e íntimo de nosotros mismos no nos concierne: "Podemos decir 'sí' al inevitable uso de los objetos técnicos y podemos a la vez decirles 'no' en la media en que rehusamos que nos requieran de modo tan exclusivo, que dobleguen, confundan y, finalmente, devasten nuestra esencia", M. HEIDEGGER, *Serenidad*, 5ª ed., Barcelona 2009, 28. Esa actitud que Heidegger denomina *Gelassenheit* es propiciada por experiencias de cultivo del señorío espiritual del hombre como la peregrinación.

comunicación globalizada, estamos al mismo tiempo tan ausentes de nosotros mismos. El caminar del peregrino está recordando que esta interiorización es algo necesario en el vivir cotidiano para hacer el camino hacia la verdad con consciencia y con consciencia de uno mismo. El caminar ensimismado lleva a poner de nuevo el corazón, el interés, en las realidades verdaderamente importantes y dignas de ser amadas. No cabe duda de que en el peregrinaje parte de la jornada ha de hacerse en soledad, que el carácter tan personal de la marcha que impone el hecho de hacerla a pie merece ser acentuado caminando solos por tiempos amplios para usufructuar este elemento tan valioso que es encontrarse con uno mismo, algo que hoy es apetecido y buscado por tanta gente como objetivo principal de la peregrinación.

Pero no es menos cierto que la marcha propicia una comunicación humana nueva. Como ya dijimos, la peregrinación es un acto profundamente social porque en ella se entra en comunión con una secular tradición espiritual sobre un camino trazado en los siglos por una muchedumbre innúmera. El peregrino quiere sumarse expresamente a esa venerable tradición de viandantes que han roturado el camino que él pisa y tomar parte en la historia y la cultura admirables de la peregrinación. Además, en la marcha se ve mezclado cada día con gentes desconocidas con la que puede ensayar una relación humana muy libre, aleatoria, poco programada o controlada. Entre viandantes cabe experimentar la relación interpersonal de manera más sincera, más generosa, más desprovista de intereses sociales, de prejuicios, de formas y convenciones socio-culturales que pueden coartar una comunicación auténtica. En el camino hay que comer o compartir alojamiento con gentes que muchas veces no se hubieran elegido como compañía, lo que impone un plus de libertad y generosidad. Más de una vez en esta experiencia del otro, en esta forma poco usual de convivencia humana, surgen las sorpresas más gratas que hacen redescubrir o revalorar la grandeza del ser humano.

LA PEREGRINACIÓN POR EL CAMINO DE SANTIAGO

Sobe estas consideraciones, me quiero referir en lo que sigue a la experiencia que puede vivirse peregrinando por el Camino de Santiago, aunque algo de lo que sigue seguramente se pueda también decir de otras rutas venerables. El Camino jacobeo es una vía abierta sobre la tierra como ámbito humano para caminar en busca de bienes y experiencias de humanidad. En la Vía compostelana, el Camino mismo es un valor y un valor excelente, una espléndida vía de humanidad y humanización. Eso explica que también para no creyentes el Camino de Santiago sea valioso en sí mismo. Como ámbito humano formado por los siglos, está lleno de presencias objetivadas en el propio sendero que han roturado sobre la tierra tantos pies. Y por los bordes del Camino, como parte sustancial de él, su red incomparable de obras para acoger y amparar al caminante, signos y testimonios espléndidos de humanidad religiosa en puentes, iglesias, ermitas, albergues, hospitales, fuentes, cruces, cruceros, la sombra de los árboles plantados para acoger al peregrino. El Camino está lleno de presencias del pasado que por su fuerza transmiten vida al peregrino, le tutelan, le transfunden una corriente vieja de sentido que le reconforta en el empeño de caminar, le hace ver que en efecto, la condición de *homo viator* es justa, es correcta, que en el Camino de Santiago y en la vida misma, caminar es sacrificado, pero tiene sentido porque mil presencias nos están acogiendo e impulsando a seguir adelante otro día más.

Por eso, quienes conocen la peregrinación jacobea saben de la efectividad espiritual y religiosa que el Camino posee y ejerce sobre el peregrino y, visto en ellos u observado en otros, conocen cómo el Camino mismo hace su trabajo. A todos, a quienes buscan en la peregrinación algo que de algún modo renueve su vida y a

muchos de aquellos que no, el Camino pone en contacto con determinados valores espirituales, y de ahí que no sea extraño que quien ha emprendido la marcha buscando sólo un ejercicio deportivo, como simple excursión, como un pasatiempo un poco peculiar, en un punto o en varios, el Camino les asalta y provoca un encuentro con profundidades poco frecuentadas del propio yo o de la historia personal, con la verdad de las cosas, con la necesidad de ganar mayor orden y paz en la propia vida, etc.

La peregrinación es el contrapunto de cualquier erratismo y el Camino de Santiago aparece como medio para hacer la experiencia en el mundo de un viaje con sentido hacia la verdad, el bien y la belleza. El Camino de Santiago lo ha abierto la fe cristiana, pero no le pertenece, cualquiera puede pisarlo por el tramo que quiera con las motivaciones más personales, es absolutamente abierto, pero tiene también su eficacia que puede imponerse sobre aquel que lo recorre. Con independencia de quién transite sobre él o de cómo lo haga, el Camino está formado por una estructura subsistente de signos, testimonios, presencias. Ha sido durante siglos ruta hacia lo trascendente buscándose por él la unión con Dios, el modo de dar gracias, de invocar la bendición del Cielo, de impetrar su perdón purificando el propio yo, y esta experiencia humana y religiosa ha constituido a la vía compostelana en camino de vida, en canal de energías espirituales y de testificación de fe perfectamente reales.

La peregrinación hizo el Camino y éste ahora está ahí con alguna independencia sobre los que hoy marchan por él, como éstos mismos reconocen. El peregrino, en efecto, quiere llegara a Compostela, pero busca también el Camino mismo, quiere arrojarse en su estrechez, adentrarse en la vida secular e invisible que corre por su cauce, sintiendo de algún modo que es algo que merece respeto y reconocimiento porque posee alguna superioridad sobre quien lo recorre. Tiene esa efectividad poderosa de poner en comunicación con el entorno natural y sobre todo con la búsqueda espiritual que lo ha abierto sobre la tierra y de la cual han quedado tantos signos dibujados en ella sin los cuales no sería lo que es. Así, la Vía Compostelana despierta en el peregrino la llamada y el deseo de comunión con la experiencia espiritual de la que la misma vía proviene y que puede testificar como criatura suya. El Camino es

una plasmación de la secular vida teologal de la cristiandad europea y como criatura de la fe, la esperanza y la caridad cristianas tiene efectividad propia sobre estas o hacia estas virtudes que lo han alumbrado.

Y con las compañías vivas del pasado, la presencia determinante de tantos elementos humanos del presente. Además de otros peregrinos, son un elemento del máximo valor las gentes que ofrecen la acogida. El hospedaje es pieza fundamental en la peregrinación y en la Vía Compostelana, siempre lo ha sido, y cuando su lógico planteamiento comercial está animado por un verdadero amor al Camino, por afecto a los peregrinos y así se traduce en acogida cordial, en atención humana, más allá de las prestaciones estrictamente retribuibles, entonces el hospedaje se torna, o sigue siendo como siempre fue, una pieza valiosísima en la peregrinación, un elemento cargado de significado que el peregrino reconoce y agradece. Es evidente el valor peculiar que en el alojamiento en el Camino detentan los albergues que acogen gratuitamente o por una contribución voluntaria. Estos albergues son posibles merced a la generosidad de ese colectivo entrañable, siempre admirable, a veces desconcertante, que son los hospitaleros voluntarios y que hoy son ese puñado de ciento y pico personas de varios países que encarnan un signo de gratuidad que mantiene viva la mejor historia de generosidad y servicio tejida en el pasado en torno al Camino jacobeo.

Esta red intensa, preciosa, de presencias del pasado y del presente, de testimonios de historia, de arte, de religiosidad, de búsqueda espiritual, de actitudes de noble profesionalidad, de sincera cordialidad, de generosidad gratuita, hacen de la Vía jacobea una ruta de humanización que ofrece al peregrino una posibilidad única de experimentar una historia de belleza y de verdad y de bondad humana al hacer esforzadamente el Camino. En la peregrinación se descubre y se prueba la sorpresa de una gracia más allá de lo previsible, lo cual también interpela a todos los que hoy pululan de un modo u otro por la ruta compostelana planteando el desafío de humanizar el Camino, de seguir poblándolo de gestos y testimonios de humanidad. La experiencia espiritual de orientar con fuerza al hombre hacia la verdad, el bien y la belleza, también

hacia la Trascendencia personal en quien todo es y todo se consume, puede provocar el Camino de Santiago, a veces de forma impensada. Es la capacidad, en definitiva, de afinar o redescubrir la misma constitución espiritual de la persona como buscadora de realidades superiores, tan insibles empíricamente como reales y necesarias.

LA TUTELA DEL CAMINO Y LA BÚSQUEDA DE UNA NUEVA SACRALIDAD

Si la peregrinación, como dijimos, tiene cierto carácter iniciático, hay que reconocérselo sin la menor duda al Camino compostelano. Cuando el peregrino hace su viaje con mirada acogedora ante los signos de gracia del Camino, si convive sincera y generosamente con otros peregrinos, si hace en sí el silencio necesario para acoger en su fondo personal último lo que ve, lo que recibe, lo que siente en este viaje singular, si llega a percibir la peregrinación que realiza como parábola o alegoría de su existencia propia y se redescubre como viajero hacia la verdad y el valor superiores, entonces quizá llegue a sentir la presencia envolvente de un misterio amoroso y providente, quizá tenga la sensación de estar viviendo algo más allá de lo esperado, en el contacto con un objetivo con alguna connotación sagrada que causa cierto sobrecogimiento.

En nuestra sociedad del consumo, en la que todo hay que verlo, probarlo, poseerlo, no es infrecuente iniciar la peregrinación a Compostela sin buscar nada humanamente valioso, tomándola como un pasatiempo más, un modo distinto de pasar unos días de vacaciones o sencillamente como algo que hoy hay que hacer. Es evidente que por el Camino puede pasar quien quiera y como quiera, pero se debe afirmar que cuando se recorre por parte de muchos sin alguna actitud espiritual, sin búsqueda y veneración de algo superior, entonces la peregrinación ha perdido su identidad más propia. Eso está ocurriendo así y no puede no ocurrir dada la actual masificación del Camino, especialmente en los meses de verano. Esa ausencia de motivaciones de alguna naturaleza espiritual, si alcanza cierta magnitud, repercute negativamente por necesidad en el ambiente humano que se sustancia en el Camino que no puede

no depauperarse. Si el sustrato espiritual llegara a faltar mucho en quienes la recorren, la Vía Jacobea se convertiría en una distracción peculiar sin mayor efectividad humanizadora, y decenas de miles de ciudadanos cada año de todos los países perderían una vía de cultivo de valores espirituales, una pérdida que nuestra cultura no puede permitirse.

Hoy, como en realidad ocurrió siempre en el pasado, es preciso cuidar o proteger la peregrinación y, dada su propia personalidad y eficiencia, tal como hemos comentado, proteger el Camino mismo también en su hechura física. Es menester que sobre la Vía compostelana siga siendo posible la peregrinación como fenómeno de excepción sobre la existencia ordinaria de esta sociedad, con toda su novedad y pureza, capaz por ello de seguir siendo una experiencia de renovación de la vida. No están tan sobradas nuestras sociedades de fuentes y de recursos de humanización, de caminos para el espíritu, como para concederse el lujo de desnaturalizar esa singularísima vía de paz y de libertad, de verdad, de solidaridad y de belleza que es el Camino de Santiago.

Dentro del despertar vigoroso del Camino a Compostela que comentamos al comienzo, el Consejo de Europa lo declaraba en 1987 Itinerario Cultural Europeo. Sobre todo a partir de ese reconocimiento se ha hablado profusamente del tejido de valores humanos que se formó entre todos los pueblos europeos sobre la ruta jacobea y que hoy siguen necesarios en la afirmación de Europa: la concordia de tantas diversidades, el respeto a lo plural, la tolerancia, etc. Eso es cierto, pero esa convivencia tolerante se dio entre ciudadanos europeos que eran peregrinos. En el Camino de Santiago se ha sustanciado un humanismo en la marcha esperanzada de cada día, en disposiciones jurídicas, en la organización de unos servicios, en el arte y el pensamiento, en la concreta solidaridad gratuita, un humanismo hecho de fe, confianza, coraje, sacrificio, fidelidad, gratuidad, un humanismo que hoy es indispensable en las sociedades europeas y cuyo eje fue el fenómeno de la peregrinación que hoy hay que cuidar con esmero.

Para mucha otra gente, y este fenómeno merece la mayor atención, hoy la peregrinación se vislumbra como lugar para alcanzar una nueva experiencia espiritual o una determinada sacralidad de

la que se siente nostalgia. La falta de sentido o de experiencia religiosa no ahoga la necesidad de un plano superior de realidades, más allá de lo sabido y poseído, que den razón, fuerza o atractivo para vivir. A esta necesidad profunda de encontrar algo por encima de lo sabido y tenido seguramente no sea ajeno el gusto actual por la caminata, por la marcha a pie hacia algún lugar interesante, que puede ser manifestación concreta de la profunda vocación buscadora del hombre sobre el mundo. Ciertamente, ante la nostalgia de algo trascendente, de un misterio que sea seno acogedor, la peregrinación se ha convertido en espacio para la búsqueda espiritual de los hombres de la cultura post-cristiana y post-secular. Pos-cristianismo y Post-secularidad se configuran abriendo un enorme vacío, porque lo que queda atrás es todo o casi todo lo que sustentó la vida y la marcha histórica de las sociedades europeas en su historia, primero la cosmovisión cristiana y luego el proyecto moderno de una razón secular que prometía una historia imparable de emancipación en la que tantos hoy ya no pueden creer.

Surge en este contexto la necesidad de un reencantamiento, de una nueva experiencia unificada del yo, el universo, lo misterioso y lo divino y la peregrinación se perfila como fenómeno atractivo en orden a esa comunión total acogedora y gratificante. En la peregrinación, en el perfil, la veste misma y la simbólica del peregrino, buscan hombres de este tiempo una segunda inocencia, una nueva ingenuidad, pisando con reverencia caminos puros de la tierra, queriendo sobre ellos estrenar el mundo, buscando signos de trascendencia en las rutas milenarias del espíritu, que se adivinan flotando en los caminos a los lugares santos de las religiones. Más allá de estos anhelos, en el Camino de Santiago observamos en los últimos años la aparición de interpretaciones y prácticas de cierto aire esotérico, sobre todo en algunas regiones, que buscan reverenciar fuerzas telúricas o la recuperación de determinados elementos heterodoxos del pasado cristiano.

Peregrinar es un modo primordial de andar sobre la tierra, de recorrer y habitar el mundo buscando en él, en lugares de especial valor y significado, huellas de su origen, destino y fundamento. Hoy, hombres de la cultura postmoderna vuelven los ojos a la peregrinación como viaje en el que descubrir de nuevo lo sagrado

o algo interesante para la vida por senderos antiguos en la tierra. Pero a fin de que así sea, será menester en el hombre una apertura nueva hacia la verdad y el fundamento último de la realidad por la que camina y hacia su propia vocación personal. Heidegger concluía su célebre discurso *Gelassenheit* afirmando que “cuando se despierte en nosotros la serenidad para con las cosas y la apertura al misterio, entonces podremos esperar llegar a un camino que conduzca a un nuevo suelo y fundamento. En este fundamento la creación de obras duraderas podría echar nuevas raíces”²¹. El auténtico carácter iniciático que pueda tener la peregrinación está en la posibilidad de introducir en el esfuerzo hacia una meta que valga la pena, en la posibilidad de que conduzca a la verdad de uno mismo, al ordenamiento de la vida del que ha de resultar la paz y el gozo, a la convivencia cordial con los demás, a la contemplación de la fuerza y la belleza de la naturaleza en la que el hombre debe reconocer su superioridad y su dependencia, en acoger la pregunta sincera del para qué del andar y del llegar, del origen y del destino último del camino de la humanidad y del propio yo. Tal puede ser la virtualidad espiritual y religiosa de las rutas antiguas de la peregrinación que debemos contemplar con máximo interés como un extraordinario legado de los siglos de la fe, com una escuela magnífica de humanidad, de sentido religioso y cristiano, escuela de empeño, esperanza y fuente de alegrías muy altas.

28 de enero de 2011

²¹ M. HEIDEGGER, *Serenidad*, 31.

